

Iluminados por la educación:

los ilustrados afrodescendientes del Caribe colombiano a comienzos de siglo XX*

Francisco Javier Flórez Bolívar
Universidad de Cartagena

A Donaldo Enrique, mi padre, a sus tradiciones campesinas, y a su alma de lector que por siempre admiraré.

Resumen

El ensayo** hace una detallada revisión de la existencia, en Cartagena, de un pensamiento racial sistemático entre finales del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XX, teniendo como marco el discurso de la nación colombiana. Durante el transcurso de este tiempo las élites que se dieron a la tarea de imaginar proyectos nacionales hicieron alusión a los componentes negros, mulatos e indígenas que hacían parte de sus respectivas formaciones sociales, como bárbaros, inferiores e incivilizados. Este es el marco en el que intelectuales afrocolombianos como Jorge Artel y Juan José Nieto desarrollaron su ardua y productiva labor literaria y periodística.

Abstract

This essay develops a detailed revision of the existence of a systematic racial way of thinking during the end of the XVIII Century and the first half of the XX Century in Cartagena, having as a reference the Colombian Nation discourse. During this time, the elites that decided to work on the configuration of national projects made reference to the “negro”, mulatto and indigenous components, that belonged to their own social structure and were seen as barbarians, inferior and uncivilized people. This is the framework in which the Afro-Colombian intellectuals such as Jorge Artel and Juan José Nieto developed their hard and productive literary and journalistic work.

* Enlightened by education: The Illustrated Afro-descendants of the Colombian Caribbean at the beginning of the XX Century.

** Este artículo hace parte del proyecto de maestría del autor que lleva por título *Cuando la elite se vuelve negra. Narrativas de raza, región y nación en el Caribe colombiano, 1904-1945*.

Recibido y aprobado en febrero de 2009.

Palabras clave: blanqueamiento, intelectuales, afrocolombianos, raza, nación, Caribe, Cartagena, etnoeducación.

Key words: whitening, Intellectuals, Afro-Colombian people, Race, Nation, The Caribbean, Cartagena, Ethnic Education.

Introducción

A mediados de 2008, en el marco de una charla con educadoras de un colegio público del barrio Nariño, en Cartagena, una joven docente me comentaba una de las desgarradoras experiencias a que se ven enfrentados muchos docentes que lideran las cátedras de etnoeducación en la ciudad: explicarle a niños negros y mulatos la importancia de autorreconocerse como tales, cuando en el fondo y públicamente esos mismos niños no aceptan ser catalogados bajo esas categorías raciales. Dentro de las posibles explicaciones para este preocupante panorama, la profesora destacaba el papel de los padres de familia como generadores de imaginarios y conductas raciales despectivas hacia los sectores afrodescendientes, que determinan no sólo las lógicas de autorreconocimiento de sus hijos, sino las valoraciones que en torno a lo “negro” terminan construyendo, y con ello debilitan los niveles de autoestima e identidad de unos seres que deben actuar en un contexto de marcadas jerarquías sociales y raciales, como el de Cartagena.

Esta bien razonada argumentación cobra una mayor dimensión cuando se inserta en el contexto de las lógicas de “blanqueamiento” que han caracterizado las relaciones sociales de buena parte de los países que aún experimentan el lastre de un pasado colonial. Pero, sobre todo, toma más fuerza cuando se tienen en cuenta los múltiples imaginarios raciales que durante más de cinco siglos se han construido sobre los sectores negros. Tildados inicialmente como “piezas”, sin alma y sin ninguna característica que los definiera como humanos; contruidos como “bárbaros”, sin capacidad alguna de entender y asimilar el más elemental principio que la “civilización” les brindaba, y luego inferiorizados en términos sociales y culturales, a través de estructuras de pensamiento y de poder, fueron internalizando eso que brillantemente Frank Fannon definió como mentalidad colonial, y que en parte explica el hecho de que muchos prefieran no hacer alusión a su color de piel, y hacer uso de otros elementos como partes constitutivas de sus identidades (Fanon, 1967).

La reproducción de esa mentalidad colonial, expresada en los ámbitos sociales, políticos y culturales, también sirvió para que durante mucho tiempo las categorías utilizadas para entenderla siguieran reforzando ese tipo de valoraciones, tanto porque reafirmaban cada una de esas nociones, o porque las perspectivas utilizadas no lograban cuestionar los aspectos fundamentales de esas estructuras de pensamiento. Partiendo de la redefinición de la noción de “invisibilidad” de los sectores negros, y a través del camino recorrido por un significativo grupo de sectores negros y mulatos para posicionarse en la sociedad, en este artículo me interesa, aparte de cuestionar los esquemas de análisis mencionados, reconstruir las tradiciones intelectuales de los afrodescendientes en las primeras décadas del siglo XX en el Caribe colombiano, y superar las visiones que analizan lo negro, a partir de la “victimización” o del escaso dinamismo político y social que supuestamente los caracterizó al estar alejados de buena parte del lenguaje de la agenda republicana.

Para justificar la necesidad de hacer esa variación historiográfica me interesa defender dos consideraciones: Primero, el discurso que insiste en que de los relatos de nación se borró la presencia de sectores negros e indígenas no permite precisar la forma como se fueron estructurando como naturales las construcciones que se hicieron de estos sectores como bárbaros e inferiores; y segundo, que la interpretación del posicionamiento de los sectores negros y mulatos en la vida social y política como producto exclusivo del blanqueamiento, dificulta la reconstrucción de otras estrategias utilizadas por estos sectores para lograr posicionarse en esos espacios de poder.

¿Invisibilidad o visibilidad barbarizada?

Una de las primeras herramientas metodológicas que aprende cualquier persona que se inicia en los menesteres de la historia es que esta ciencia es abierta por excelencia y, por tanto, posee unos ritmos historiográficos que no sólo definen la pertinencia de los marcos interpretativos, sino que también facilitan la ratificación y/o la reformulación de las hipótesis desarrolladas para los distintos momentos históricos. Este principio elemental, tal vez por la escasa reflexión que se hace sobre el quehacer del historiador en nuestro medio, muchas veces se termina perdiendo de vista; con lo cual los niveles de interpretación que se hacen de las temáticas se funden en un mar de lugares comunes, o simple y llanamente parecen estar condenados a estar estancados y no tener variaciones discursivas y heurísticas.

Una de las interpretaciones que se ajusta a estas características es la que sigue insistiendo, sin el menor matiz, en la “invisibilidad” de los sectores negros, mulatos e indígenas dentro del conjunto de representaciones sociorraciales que las élites criollas hicieron y construyeron en el complejo proceso de imaginar los distintos proyectos nacionales. Desde los años ochenta se viene insistiendo, sin beneficio de inventario y a la luz de los mitos de armonía racial y su consecuente ideal de nación mestiza, que de la memoria nacional se borró la presencia o la existencia de los mencionados grupos sociales. Inicialmente este marco interpretativo, en su contexto, fue de gran utilidad por cuanto mostró el escaso acceso que tenían estos sectores racializados a los distintas estructuras de poder (educación, política, economía), explicó la forma progresiva como se seguía y se siguen reproduciendo estas jerarquías raciales, y destacó la negativa existente de algunos académicos de aceptar el tema de los “afrodescendientes” como un objeto de estudio digno de análisis científico (Friedemann, 1988, 1991; Arocha y Friedemann, 1998; Wade, 1997). Pero poco a poco terminamos siendo presidiarios de una nueva forma de invisibilidad, al decir de Eduardo Restrepo, expresada en la poca disposición de los académicos interesados en el tema de la “afrocolombianidad” a hacer nuevas lecturas sobre los procesos abordados, ya sea porque no formulaban nuevos interrogantes, porque se concentraban en regiones específicas, o simplemente porque no se abrían a nuevos temas y perspectivas (Restrepo, 2006).

Afortunadamente, en los últimos años hemos venido asistiendo a un significativo número de estudios interesados en analizar la construcción de geografías racializadas, a partir de las dinámicas de región/nación, o tomando como punto de referencia los procesos identitarios que se desarrollan a nivel inter e intrarregional (Roldán, 2003; Serje, 2005; Arias, 2005; Appelbaum, 1999, 2007, y Múnera, 2005, Alarcón y Conde, 2007). De este modo, se han ido develando las representaciones que se hicieron tanto de los distintos territorios que conforman la nación, como de los diferentes grupos sociales que los habitan. Este nuevo marco de análisis ha facilitado la comprensión de un elemento de gran importancia para el entendimiento de las dinámicas raciales en Colombia, y útil a la hora de avanzar en el intento de matizar lo que se ha denominado como la “invisibilidad” del negro: desde finales del siglo XVIII y hasta bien entrado el siglo XX, en el conjunto de discusiones que se hicieron en torno al lugar que los negros, mulatos e indígenas ocupaban en la sociedad, y en los distintos intentos de construir una nación homogénea, siempre se hizo alusión a estos sectores

como grupos poblacionales pertenecientes a las distintas regiones del país. Otra cosa distinta es la manera como se les caracterizó, y la forma como dentro del imaginario nacional se construyeron unos rasgos distintivos y diferenciadores (culturales, sociales, políticos, raciales) sobre estos sectores en perspectiva comparativa con sus congéneres blancos.

El proceso que de mejor forma explica esta aparente paradoja, de homogeneizar la nación a partir de diferencias regionales y raciales, se sintetiza en una lógica que podemos definir como la de *civilizar los andes barbarizando las regiones*. Aunque gran parte de las caracterizaciones que hoy día seguimos reproduciendo en torno a lo “negro” encuentran su sustrato en la experiencia colonial, es claro que el proceso de construir geografías racializadas –desde el mundo andino– es un proyecto que sus elites empezaron a plantear a finales del siglo XVIII, y que se extendió hasta la primera mitad del siglo XX, amparados en un pensamiento racial europeo que clasificaba a los grupos sociales en términos de inferioridad/superioridad a partir de su condición racial (Quijada, 1992). Se conocen las caracterizaciones de Francisco José de Caldas, los hermanos Miguel y José María Samper y Salvador Camacho Roldán sobre la población esclava de la Nueva Granada, sobre los bogas del Magdalena, sobre los negros del Caribe colombiano y sobre las distintas comunidades indígenas del país. (Múnera, 2005).

Menos estudiadas en el Caribe colombiano, pero igualmente racistas, son las valoraciones de Miguel Jiménez López, Luis López de Mesa o de Laureano Gómez sobre las poblaciones indígenas y negras de la formación social colombiana, a comienzos del siglo XX. Diversos artículos han reconstruido un buen número de valoraciones raciales realizadas por estos prestigiosos intelectuales liberales y conservadores sobre estos sectores, como elementos “degeneradores” de la raza colombiana (Helg, 1989; Villagas, 2005, Flórez, 2008). Me permitiré citar varios de esos “lucidos” comentarios para ilustrar la forma como seguían siendo representados los sectores negros en la primera mitad del siglo XX. Así caracterizó el líder conservador Laureano Gómez la conformación sociorracial en Colombia:

Nuestra raza proviene de la mezcla de españoles, de indios y de negros. Los dos últimos caudales son estigmas de inferioridad. Es en lo que hayamos podido heredar del espíritu español donde debemos buscar las líneas directrices o del carácter colombiano contemporáneo. (Gómez, 1970: 44).

Luis López de Mesa, protagonista central de la discusión que sobre los problemas de la raza en Colombia se dio en 1920, también expresó esa visión pesimista sobre la presencia de sectores negros en ciertas regiones del territorio nacional, identificándolos como elementos de atraso en el avance del proceso civilizatorio:

Colombia ha uniformado ampliamente lengua y costumbre, y hasta revela un temperamento propio dentro de las características genéricas del iberoamericano, pero aun se halla en trances de graves mutaciones: porque si la “mestización” ha avanzado mucho en lo que se refiere a la blenda español-aborigen, todavía tenemos grupos de color en regiones de difícil acceso, que al crecer aisladamente constituyen un problema por venir. (López de Mesa, 1956: 343).

Pero más allá de las elucubraciones intelectuales de estos connotados representantes, lo que me interesa destacar es que, al igual que a finales del siglo XVIII y durante todo el XIX, en la redefinición que se hizo del proyecto de nación a comienzos del siglo XX, y en las representaciones sociales y culturales que lo sustentaron, siempre estuvieron presentes las alusiones a los distintos componentes étnicos de la nación. De modo que la invisibilidad constantemente citada amerita ser repensada teniendo en cuenta dos elementos básicos: uno, el *locus de enunciación* desde el cual se construyeron las representaciones; y otro, el tipo de representación que se hizo. El primer elemento permite observar que la invisibilidad de los sectores negros e indígenas se intentaba construir al interior de ese mundo andino, pero sobre los contornos, bordes y distintas fronteras de la nación se reafirmaba la existencia de los dos sectores, e incluso se hiperbolizaba la preponderancia de uno u otro, asegurando el estatus de “barbarie” que caracterizaba a todos aquellos territorios cuya conformación poblacional y socio-racial tenía alguno de los componentes en mención.

Los ejemplos que de mejor forma ilustran esta doble herramienta discursiva se encuentra en las representaciones realizadas por los mismos Luis López de Mesa y Laureano Gómez al hablar del contexto andino y el de la costa Caribe en la segunda década del siglo XX. Para López de Mesa, ilustre pensador liberal, el departamento de Antioquia iba camino a convertirse en la región ejemplo y digna de emular en la nación, pues su conformación socio-racial le había permitido heredar lo mejor de las cualidades intelectuales y morales de la mayoría blanca de la mencionada región:

En Antioquia la raza ha evolucionado hasta la más profunda divergencia social y política con el resto de la República. La familia y el gobierno son formaciones suyas muy especiales... lo mismo que el carácter individual de sus pobladores. Tienen una fisonomía angulosa, plegada y recia, severa y varonil, sobre una contextura general, alta, fuerte... (López de Mesa, 1920: 85).

Laureano Gómez, prestigioso líder conservador, por su parte, abrió una de sus más citadas y controvertidas conferencias en el Teatro Municipal de Bogotá, en el año de 1928, con una anécdota sobre un sobrevuelo que realizó por la Costa Atlántica. En ella, básicamente sostuvo que por grandes trayectos no logró ver “huella alguna de vida civilizada”, pues esta región estaba compuesta y se había formado exclusivamente por elementos negros, y no eran precisamente en ellos donde se encontraban las cualidades morales e intelectuales que necesitaba la nación para superar la degeneración que la caracterizaba (Gómez, 1970).

Consciente o inconscientemente, López de Mesa y Laureano Gómez con sus palabras lograban construir dos ficciones: el primero insistía en la inexistencia de componentes negros en el Departamento de Antioquia, cuando poblaciones como Damaquiel, San Juan de Urabá, El Carmelo, Arboletes, Necoclí, y en general las pertenecientes a las zonas nororiental del departamento y al interior de Urabá, estaban conformadas por familias de mayorías negras (Roldán, 1998); y el segundo “africanizaba” la región Caribe colombiana, al hablar sólo del dominio exclusivo del componente negro, cuando zonas como la Guajira, Magdalena, Atlántico, Córdoba y el mismo Departamento de Bolívar mostraban unos cuadros más diversos en términos raciales, al contar con la presencia de una población mestiza e indígena de gran importancia. Esta doble operación le permitía a López de Mesa hablar de lo avanzado que estaba el “proceso civilizatorio” en Antioquia y en todas las zonas del Altiplano, mientras a Gómez le permitía enfatizar el escaso proceso de mestización que habían experimentado los elementos negros, genuinos del ardiente trópico, quienes mantenían sus características puras, lo cual dejaba por sentado la inexistencia de vida civilizada alguna en la costa Caribe colombiana¹.

¹ Aunque dentro de las representaciones construidas por las elites del mundo andino tanto indígenas como negros eran visualizados como obstáculos para el progreso de la sociedad, es claro que dentro de las valoraciones que realizaban existían una valoración más “positiva” hacia el primer componente étnico, no porque asumieran que fuera “civilizado”, sino porque había estado durante mucho más tiempo en contacto con el español, y con ello había adquirido las características morales necesarias para vivir en sociedad (Florez, 2008).

En clara correspondencia con la omnipresencia de lo negro y lo indígena en las representaciones que sobre los bordes y fronteras de la nación hicieron estos autores, se fue perpetuando un conjunto de imágenes que describían a estos sectores como meros “hijos de la barbarie”. Seres sin signos de civilización y cultura, exponentes del “bárbaro” África, a quienes había que regenerar con sangre nueva a través de un sistemático plan de inmigración de corte europeo, pues sólo de esta manera estos seres, sin conciencia política, podrían adquirir unas cualidades morales e intelectuales que les permitieran entender los mínimos principios de la vida ciudadana (Restrepo, 2007; Flórez, 2009).

Tal vez, por el peso de estos poderosos imaginarios, cuando se analizan el accionar y la cultura política de los sectores negros y mulatos, lo usual es reproducir la existencia de un supuesto “abismo cultural” existente entre los diferentes componentes de las formaciones sociales, específicamente entre la cultura de elite y la popular; o las reacciones ante nuevas formas de interpretación se mueven entre el escepticismo y la negación absoluta de las premisas que sustentan las nuevas hipótesis. Por ejemplo, cuando Alfonso Múnera, intentando ofrecer nuevas visiones sobre el entendimiento de la construcción de la nación colombiana, sugirió el papel activo de los sectores negros y mulatos libres en la radicalización del movimiento de la independencia de Cartagena, los historiadores Mauricio Archila y Hermes Tovar Pinzón, amplios conocedores de la historia social y económica del país, inmediatamente conceptualizaron esta interpretación como un caso atípico, “un caso en donde los sectores subalternos no miran hacia atrás (¿luchan por la ciudadanía?)... sería un ejemplo de una revuelta explosiva, hacia fuera de lo local, bastante moderna para su momento”, dijo Archila, (Archila, 1998: 182); mientras Tovar Pinzón sugirió que el mencionado conflicto racial era el producto de un “delirio, un sentimiento de clase”, una especie de embeleco racial del autor, más que el resultado de unos argumentos basados en una sólida documentación (Tovar, 1998: 51).

La otra actitud asumida se expresa en la reproducción de los viejos esquemas de pensamiento que condenan a los sectores racializados a desarrollar una conciencia de lugar, donde cada uno de los grupos sociales tiene un rol predefinido en la sociedad, y donde el mundo letrado, el político y el intelectual están reservados para una reducida elite blanca, donde no tienen cabida las víctimas de la invisibilidad. Viejas categorías, ancladas en concepciones que han definido la existencia de esta suerte de estructura

paternalista, donde todos entienden como natural los roles establecidos, terminan siendo reforzadas por autores que –confundiendo representación con práctica social– reproducen, inconscientemente, tales valoraciones. La interpretación que de mejor forma sintetiza esta aseveración es la que recientemente realizó la socióloga francesa Elisabet Cunin. Esta autora, a pesar de insistir en la necesidad de repensar la mencionada “invisibilidad”, lo hace mediante el concepto de *competencia mestiza*, que supone que el estigmatizado se acomoda, amolda y se siente invisibilizado, lo cual la lleva a concluir que, a diferencia de los Estados Unidos, en donde se formó una clase media “negra” educada que compitió por los cargos de representación y supuso conflictivas relaciones raciales, en Cartagena no ocurrió nada de esto, pues “cada uno tiene su lugar, cada uno actúa según lo que se espera de él, las normas comunes son conocidas y aceptadas (...)” (Cunin, 2005: 95).

Tanto las representaciones realizadas sobre los sectores negros en el proceso de *civilizar los Andes barbarizando las regiones*, como las recientes interpretaciones que se niegan a aceptar procesos adelantados por estos sectores para cuestionar las viejas estructuras de pensamiento racial, siguen atrapados en una “prisión historiográfica” que asocia elite a lo blanco, que suscribe las tradiciones intelectuales y el mundo letrado a una elite criolla de ascendencia hispana, pero que en el Caribe colombiano –al menos– no siempre se puede hacer esa ecuación, pues las dinámicas históricas develan la fuerte presencia de sectores afrodescendientes en diferentes espacios de poder e institucionales a lo largo de la vida republicana, cuyo punto de consolidación es, sin duda, la primera mitad del siglo XX.

¿Afrodescendientes ilustrados?

Dos de las principales variaciones interpretativas que derivan del proceso de repensar la llamada invisibilidad del negro, a partir de la lógica de *civilizar los Andes barbarizando las regiones*, están relacionadas con el hecho de no caer en una mera “victimización” de lo negro, y de poder reconstruir el papel dinámico que los sectores negros y mulatos han tenido a lo largo de la vida republicana en sus respectivas sociedades. El primer punto no implica que se renuncie a contar la barbarie del proceso de esclavización a que fueron sometidos millones de hombres y mujeres libres, ni que se dejen de narrar las jerarquías raciales existentes en nuestras sociedades, o que se renuncie a fortalecer procesos de sanción social contra todos aque-

llos sectores que sigan anclados en discursos racistas. Hay que seguir contando y haciendo todo esto, pero precisando con claridad las herramientas y los discursos utilizados por los grupos sociales que encontraron en las variaciones fenotípicas elementos para fortalecer lógicas de diferenciación dentro de las sociedades, y con ello poder determinar cuál fue la “real” representación que se hizo de los sectores afrodescendientes.

En estrecha relación con este punto, el segundo elemento ratifica que todas las valoraciones que se hicieron sobre los grupos afrodescendientes como “hijos de la barbarie” pertenecen al mundo de los imaginarios, fueron y son el producto de construcciones culturales, y que los sectores negros y mulatos no se quedaron en la simple posición de víctimas, sino que adelantaron procesos que en la práctica social sirvieran para contrarrestar buena parte de esas marcadas jerarquías sociales, a partir de las herramientas que el discurso republicano que defendieron empezó a ofrecerles. Una de las virtudes republicanas que facilitó el posicionamiento de muchos sectores negros y mulatos fue el acceso a la educación. Como ha sido ampliamente anotado por la historiografía que ha abordado el tema, la educación se convirtió en un elemento dinamizador de la sociedad, y facilitó procesos de movilidad social importantes durante todo el siglo XIX y buena parte del XX. Los sectores afrodescendientes del Caribe colombiano lograron por medio de su formación intelectual un grado de empoderamiento que les permitió con el tiempo posicionarse en distintos cargos de representación.

A lo largo del siglo XIX, se conocen los casos de Juan José Nieto, Candelario Obeso, Manuel Ezequiel Corrales o Manuel Pájaro Herrera. Todos estos sujetos, *iluminados por la educación* en ese jerárquico siglo XIX, comparten el hecho de no tener un origen blanco, de haber consolidado importantes espacios de poder, y de figurar en el mundo de las letras. Nieto, de clara ascendencia mestiza, es la fiel muestra de la consolidación y la prestancia social que, desde finales del siglo XVIII, venían adquiriendo un significativo número de negros y mulatos, y que en el período decimonónico se hicieron más dinámicos política y socialmente. Nacido a escasos siete años de consumarse la independencia de Cartagena, de formación autodidacta, y con una amplia influencia política, que lo llevó a ocupar cargos de importancia en la administración pública, hasta el punto de presidir el Estado Soberano de Bolívar y ser Presidente de la nación colombiana en el marco del régimen federal, tuvo una figuración destacada en el campo de las letras. En el año de 1842 el presidente Nieto publicó *Yngermina o la*

hija de Calamar, catalogada como la obra fundacional de la novela republicana de Colombia en el siglo XIX, y tres años antes había escrito *Geografía histórica, estadística y local de la Provincia de Cartagena*. Años más tarde, publicó diversas novelas (*Los Moriscos* y *Rosina o la prisión de Chagres*), así como también se destacan la elaboración de un diccionario mercantil en inglés, unos significativos dramas que fueron llevados al teatro, y la publicación de un folleto sobre los derechos de los hombres, en donde defendía las bondades del discurso republicano (Fals Borda, 2002; Ortiz, 2008; Solano, 2008).

Corrales, de origen mulato, junto con Obeso y Pájaro Herrera, estos últimos de clara condición racial negra, sobresalieron en la segunda mitad del siglo XIX. Corrales, uno de los intelectuales y políticos destacados de la costa Caribe colombiana, aparte de ocupar cargos políticos de importancia (Representante al Parlamento, Diputado de la Asamblea del Estado Soberano de Bolívar, Senador de la República y Magistrado de la Corte Suprema de Justicia), adelantó una admirable labor de compilación de documentos que le permitió convertirse en historiógrafo oficial del Estado y luego, bajo la sombra de Núñez, ser nombrado rector del prestigioso y aristocrático Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario de Bogotá. (Corrales, 1999). Obeso, de origen momposino, considerado como uno de los precursores de la poesía negra en Colombia, logró acumular un “capital simbólico” importante en la jerárquica Colombia del siglo XIX, a partir de su obra poética, logrando insertarse en las dinámicas literarias y de la prensa bogotana, que para ese entonces publicaban textos de intelectuales, como Rafael Pombo, Jorge Isaacs o Manuel María Madieto (Valdelamar y Ortiz, 2009). Pájaro Herrera, habitante del populoso barrio de Getsemaní, y testigo de las transformaciones que experimentó Cartagena en el tránsito del siglo XIX al XX, fue un asiduo columnista de diversos órganos de opinión. Este médico negro, formado en la Universidad de Cartagena, fue un referente importante de periódicos como *El Herald*o, *La Voz Nacional*, *El Correo de Bolívar*, *El Porvenir* y *La Época*; se desempeñó como docente de la Facultad de Medicina de la mencionada institución, e hizo parte de los miembros fundadores de la Academia de Medicina de Cartagena (Flórez, 2007).

De modo que ir más allá de la simple invisibilización permite reconstruir unas tradiciones intelectuales negras y mulatas, cuya consolidación y punto de llegada, a mi modo de ver, se presenta en la primera mitad del siglo

XX, cuando un número representativo de académicos de estos orígenes raciales tienen una gran presencia en distintos espacios institucionales. Quisiera detenerme en tres de los escenarios más importantes del mundo intelectual del Caribe colombiano para el período en mención: la Universidad de Cartagena, La Academia de Historia y la Academia de Ciencias Naturales y Medicina. Esta última, creada en el año de 1888, agrupó a un notable grupo de médicos que tenían influencia en la vida social, política e intelectual de la ciudad. Dentro de ese grupo es posible destacar, además de la presencia de Pájaro Herrera, quien fue uno de sus miembros fundadores y se desempeñó como secretario de la misma, el papel desempeñado por médicos como Manuel Francisco Obregón o el de los hermanos Daniel, Raúl y Eusebio Vargas Vélez.

Obregón, médico mulato graduado en la Universidad de Cartagena y con especializaciones en Francia y Europa, y quien tuvo un notable desempeño en la política como Gobernador del Departamento de Bolívar en tres oportunidades, Concejal, diputado y Representante a la Cámara, tuvo la posibilidad de ejercer una fuerte influencia en las tres instituciones mencionadas: fue profesor y rector de la Universidad de Cartagena, al tiempo que vicepresidente de la Academia de Medicina y de la Academia de historia, esta última fundada en el año de 1911 en el marco de las celebraciones centenarias de la ciudad “heroica” (Flórez, 2007). Procedentes del barrio de Getsemaní, barrio de mayoría negra y multa de Cartagena, Raúl, Daniel y Eusebio Vargas Vélez, al igual que su hermano Francisco de Paula, lograron también tener una gran representación en la esfera de la educación. Francisco de Paula hizo estudios de derecho y sus hermanos de medicina en la Universidad de Cartagena, y fueron distinguidos profesores y decanos de sus respectivas dependencias académicas, y miembros de la Academia de Medicina. Daniel fue quizá quien logró una mayor representación en esta última institución, como quiera que fuera su presidente durante buena parte del siglo XX. (Valdelamar y Gutiérrez, 2005). De la Universidad de Cartagena, concretamente de la Facultad de Derecho, egresó también Jorge Artel. Protagonista central de las transformaciones sociales culturales, sociales y políticas que siguieron a la celebración del centenario de la independencia de Cartagena, Artel inició una descomunal labor periodística a nivel local, regional, nacional e internacional, y sobre todo se distinguió en el mundo de la poesía, publicando interesantes obras, entre ellas su comentado *Tambores en la noche*, hasta el punto de convertirse en uno de los referentes principales de la poesía colombiana del siglo XX (Prescott, 2000).

A partir de un estudio prosopográfico que vengo adelantando, para reconstruir la consolidación de una elite negra y mulata en Cartagena en la primera mitad del siglo XX, podría seguir citando un número significativo de casos que sustentan el peso que estos sectores lograron tener en el mundo intelectual del Caribe colombiano, pero por el momento lo que me interesa sugerir es que el hecho de poder reconstruir estas tradiciones intelectuales afrodescendientes, y se muestre el posicionamiento que los mismos habían logrado en la sociedad, no indica que las formas sociales se hubiesen relajado. En otras palabras, el hecho de que se presenten procesos de ascenso social no significa que no existieran unas profundas lógicas de desigualdad social y sectores dispuestos a reproducirlas, pues, como veremos, muchas fueron las estrategias utilizadas para frenar el andar de estos *iluminados por la educación*, y también diversas las discusiones adelantadas por los sectores negros y mulatos para contrarrestarlas.

¿La bolsa, el color de piel o la pluma?

El camino recorrido por estos sectores negros, mulatos y mestizos para construir esas tradiciones intelectuales, y posicionarse en los distintos espacios académicos y letrados, amerita una visión que permita superar el ya conocido discurso del blanqueamiento y la idea de simple cooptación de tales sectores por parte de las elites. Buena parte de los estudios que abordan esta problemática terminan dibujando una línea homogénea entre los procesos históricos del pasado y las imágenes del presente. Parece que no existieran variaciones o nuevas dinámicas y actores que determinaran el curso de las relaciones sociorraciales, hasta el punto de concentrarse solamente en el resultado final del proceso de ascenso social de los sectores negros y mulatos, donde el blanqueamiento es la única explicación posible para entender las posiciones de liderazgo que lograron obtener algunos de los individuos pertenecientes a estos grupos sociales (Flórez, 2007).

Quienes defienden solo la tesis del blanqueamiento, finalmente olvidan que en esta clase de sociedades una cosa es la movilidad social, y otra muy distinta es la aceptación social. Construyen un tipo de sociedades donde los sectores autodefinidos como blancos permiten el libre ingreso de todos aquellos grupos sociales que, por medio de la educación o de la política, logran ascender socialmente, como si se tratara de formaciones sociales donde los límites de inclusión/exclusión no se definen a partir del pigmento de la piel. Buena parte de estos afrodescendientes ilustrados enfrentaron

fuertes estigmatizaciones raciales, incluso cuando ya habían logrado ascender socialmente y se encontraban ubicados en importantes espacios de poder (Flórez y Rhenals, 2008).

En otros artículos, he señalado, por ejemplo, las manifestaciones de racismo que tuvo que afrontar el abogado Manuel Ezequiel Corrales por su origen mulato, cuando fue nombrado por Rafael Núñez como rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en Bogotá. También he destacado los múltiples ataques de parte de Laureano Gómez contra el abogado momposino Manuel Francisco Obregón, tanto cuando asumió en calidad de encargado la Gobernación del Departamento de Bolívar, como cuando se desempeñaba como Representante a la Cámara por el mismo departamento, al tiempo que he reconstruido las manifestaciones de racismo contra el poeta negro Jorge Artel, orquestadas desde el periódico cartagenero *El Figaro* y lideradas por Vicente Martínez Martelo y Eduardo Lemaitre (Flórez y Rhenals, 2008 y Flórez, 2006)). En otros estudios se han descrito las constantes críticas enfrentadas por Juan José Nieto por su origen humilde y no blanco, (Ortiz, 2008), y las múltiples vicisitudes afrontadas por el poeta negro Candelario Obeso para que su obra obtuviera el reconocimiento dentro del mundo intelectual de la época, y no terminara cayendo en la acostumbrada exotización que se suele hacer de lo negro y sus actividades (Valdelamar y Ortiz, 2009).

En el caso concreto de Cartagena, durante la primera mitad del siglo XX, cada vez que se hizo más visible la importante representatividad que los sectores negros y mulatos tenían en la esfera de la educación, diversos sectores de la elite liberal y conservadora manifestaron ciertos signos de preocupación. Uno de los primeros representantes de la culta aristocracia cartagenera en manifestarse fue Antonio José Irisarri, quien, en el año de 1915, además de criticar la posición asumida por las familias pudientes de la ciudad, de enviar sus hijos a hacer estudios al exterior, se mostraba preocupado por la trayectoria intelectual de los grupos en mención:

Si no se procura reaccionar contra tan nefastas prácticas de enviar a los hijos al exterior para cursar estudios profesionales... es seguro que antes de veinte años Cartagena estará en poder de las clases negras, cuya superioridad intelectual, recorre todos los días una indefinida trayectoria ascendente, y dominarán completamente a las blancas (Devis Echandía, 1937: 178).

Pero más allá de la simple preocupación, lo realmente importante fueron las estrategias utilizadas por estos sectores para intentar enfrentar el mencionado posicionamiento que los sectores negros y mulatos en calidad de profesionales estaban logrando. Inmediatamente, desde la prensa, comenzaron a hacer uso de unos discursos que apuntaron hacia dos direcciones: una, expresada en el hecho de que en Cartagena se estaban presentando ciertos signos de crisis y malestar económico; y la otra sintetizada en la progresiva escasez de mano de obra. Ambos discursos se justificaron por el creciente interés que los sectores humildes estaban teniendo por educarse, alejándose de los oficios a los que tradicional y “naturalmente” debían ocuparse.

En este contexto es donde se puede entender el comentario que el periódico conservador *La Época* hizo al respecto en el año de 1915. Según este diario, el supuesto malestar económico que estaba volviendo a afectar a Cartagena, luego de su importante recuperación, se explicaba por el desarrollo de una “enfermedad social”, cuya dimensión más evidente era el grado de “megalomanía, de delirio de grandeza” que estaban experimentando las “clases inferiores”, ejemplificado en el hecho de que los artesanos y labriegos, o sus hijos, dejaran de lado la garlopa y el serrucho, la azada y el arado, y lo cambiaran por el bisturí y la pluma (AHC, 1915).

A simple vista, estas estrategias discursivas parecen estar expresadas más en términos de clase que de raza, pero una revisión detallada del debate sobre las “enfermedades sociales” que afectaban a Cartagena y Colombia en general muestran cuán inspirados estuvieron los defensores de estos discursos por las valoraciones raciales del momento. Según el abogado Gabriel Porras Troconis, redactor del diario *La Época* y quien inició este debate en Cartagena, las características de la mencionada enfermedad social iban más allá del gusto de las “clases inferiores” por las profesiones liberales: se expresaba en la carencia de una “fuerza de voluntad espiritual”, en la cual “vegetan las razas incapaces atormentadas por la mediocridad y el olvido”. De modo que todas estas actitudes en las que “el hijo de un artesano que vivió toda su vida doblado sobre el yunque... (ahora) no quiere aplicarse más con el martillo de trabajo, sino que quiere ser abogado o médico” (AHC, 1915), se explican dada la configuración racial de esta clase de sociedades. En la editorial que abrió la discusión sobre toda esta temática este representante conservador fue más explícito al establecer el

origen de toda esta fiebre de megalomanía que perseguía las mentes de los sectores humildes:

Colombia, pueblo joven, que tiene en sus venas sangre de conquistadores españoles, de la estirpe americana subyugada y del África obscura y humilde, **necesita sostener en su seno lucha obstinada para que no predomine en el organismo nacional los defectos de las razas inferiores, con detrimento de las altivas virtudes españolas.** Se hace preciso combatir los gérmenes nocivos que tenemos en nuestro ser, si aspiramos a ocupar algunas páginas en el gran libro de la historia... (AHC, 1915. Las negrillas son nuestras).

El interés de los sectores negros y mulatos por estudiar las profesiones liberales era visualizado como “un defecto de las razas inferiores”, un “delirio de grandeza” que actuaba en “detrimento de las altivas virtudes españolas”. De tal manera que las avenidas de ascenso social no fueron espacios abiertos gratuitamente, debieron ser disputados y defendidos, y estuvieron mediados por fuertes discusiones. Además, los niveles de aceptación siempre tuvieron y siguen teniendo como límites el color de la piel, y cada vez que se pudo se establecieron y se siguen fijando fronteras sociorraciales bien marcadas. Quienes lograron ascender socialmente cargaron con el estigma racial acuesta, y tuvieron que hacer algo más que blanquearse para poder defender los espacios de poder que habían logrado conseguir.

Precisamente diversas fueron las discusiones que los sectores negros y mulatos tuvieron que dar para dejar claro que no creían en esa supuesta estructura paternalista, donde cada quien tenía unos roles establecidos que debían respetar como naturales, y que no iban a dejar de seguir avanzando en la notable representación que estaban logrando en el ámbito de la educación. Desde finales de siglo XVIII, ciertos sectores negros y mulatos que habían adquirido prestancia social venían presionando para que a sus hijos se les permitiera ingresar a la universidad, sin tener en cuenta su condición racial (Múnera, 1998). A lo largo del siglo XIX, numerosos individuos, haciendo uso de las virtudes republicanas, especialmente del concepto de ciudadanía, enfrentaron las jerarquías sociorraciales que caracterizaban al Caribe colombiano y a Colombia en general, en ese nada armonioso siglo XIX (Lasso, 2006, 2007, 2008; Flórez, 2006a, 2007, y Flórez Bolívar, 2006).

En el caso concreto de Cartagena, en la primera mitad del siglo XX, en defensa de estos espacios conquistados y tomando como referencia los contenidos de la agenda republicana, nuevamente estos sectores antepusieron las capacidades intelectuales (la pluma) frente al color de piel y el dinero (la bolsa). Precisamente en uno de los ataques raciales contra Manuel Francisco Obregón, orquestado por Laureano Gómez desde el periódico *La Unidad*, y reproducido por el diario cartagenero *La Época*, desde el periódico republicano *El Verbo* argumentaron que la valía de los individuos no estaba determinada por ninguna diferenciación racial, sino por sus capacidades intelectuales. En clara defensa de Obregón expresaron que:

El hombre luz, por negra que sea su piel, será siempre mejor, en cualquier etapa de la vida, que el hombre topo, aunque este último tenga la piel más sonrosada que un caracol... siempre será mejor que vos aquel que, por humilde que sea, lleva luz en su cerebro y resplandores de aurora en su conciencia...
¿Os creéis grande porque nacisteis noble?
Si nada sabéis nada valéis (AHC, 1913).

Ante la idea de que Cartagena estaba sumiéndose en una nueva crisis económica y pobreza general, porque los hijos de los artesanos y labradores se estaban dedicando al estudio de la medicina y el derecho, estos sectores argumentaron que si era cierto que en vez de seguir la educación de sus padres preferían el estudio de las ciencias, pero que esta situación no era la que explicaba la supuesta crisis. Por lo tanto, sugerían que “el abandono del martillo por la pluma, de la hoz por el escalpelo”, y el hecho de que “los hijos de los artesanos y labradores siguieran desfilando por las aulas universitarias”, era completamente necesario en un contexto que cada vez más dividía a la sociedad entre “opresores y oprimidos”, y donde el derecho estaba “a merced de los tiranuelos” y la riqueza pública y privada concentrada, “sujeta en pocas manos” (AHC, 1915).

Iguales argumentos esgrimieron cuando reconocidos comerciantes de la ciudad comenzaron a participar en política, sin tener más criterio que la riqueza que poseían. En ningún momento negaban de forma per se que las personas que conformaban la llamada “plutocracia cartagenera”, se vincularan a la política. La cuestión central estaba determinada por la noción del mérito, y éste era el que supuestamente no poseían estos comerciantes,

pues señalaban “que la plutocracia de Cartagena, sin temor a exagerar, es una plutocracia bruta”. Y luego agregaban con mayor contundencia:

¿Y qué culpa tenemos los intelectuales de esta ciudad, de que las pocas familias millonarias de Cartagena, no sean precisamente las familias intelectuales de la localidad, al contrario son enteramente pobres...

Y que culpa tenemos los intelectuales de esta ciudad, de que los ricos de Cartagena, por regla general, no le den una educación científica a sus hijos, la mayoría de los cuales no terminan siquiera los estudios de literatura y filosofía, y los otros no aprenden más que rudimentos comerciales, y debido a eso se agrega en ellos la falta de instrucción y de ilustración, a la falta de talento que les negó la naturaleza? (AHC, 1922).

Más allá de si estas aseveraciones eran ciertas o no, lo interesante de estos discursos radica en que los grupos negros y mulatos, *iluminados por la educación*, utilizaron toda esta serie de argumentos y valoraciones para desestructurar un sistema social que se quería legitimar como natural a partir de diferencias de raza y clase. En el fondo de todos estos comentarios, aparte de reflejarse la clara intención de anteponer valores como el mérito frente a las diferenciaciones de clases, la pluma frente a la bolsa y el color de piel, también estaba presente un elemento central en el nuevo orden social que estaban intentando construir estos sectores: en los sistemas democráticos los espacios de representación no debían estar reservados, asignados por criterios de estirpe, linajes o riqueza, debían ganarse por las capacidades; todos debían estar en igualdad de condiciones, y si se debía reconocer alguna supremacía era solo la del talento².

Conclusiones

La existencia de un pensamiento racial sistemático entre finales del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XX, sustentado en el continuum degeneración-evolución-degeneración, implica que las valoraciones que hemos hecho en torno a la noción de invisibilidad sean repensadas y redefinidas. Durante el transcurso de este tiempo, las elites que se dieron a la tarea de imaginar proyectos nacionales hicieron alusión a los componentes negros,

² Una discusión más amplia sobre este punto la desarrollé en la investigación “Negros y mulatos en la construcción de un orden socio-racial en Cartagena, 1910-1945” (2007).

mulatos e indígenas que hacían parte de sus respectivas formaciones sociales. Esta inocultable realidad supone que los estudios que abordan el tema de la “afrocolombianidad” precisen, a partir de las geografías racializadas, de espacio y territorios fue como se borró e invisibilizó la presencia de todos aquellos sectores sociales que no fueron considerados como blancos.

A partir de la lógica de *civilizar los Andes barbarizando las regiones*, se puede observar el abierto interés de diversos intelectuales liberales y conservadores para “blanquear” el mundo andino, y de “africanizar” o “indigenizar” los bordes y fronteras de la nación, y con ello asegurar el estado de barbarie, tanto de los territorios representados como de los individuos que los habitan. De esta manera, se fue construyendo un número de representaciones que describían a los sectores negros, mulatos e indígenas como incivilizados, inferiores y sin rastro de cultura, generando unos fuertes imaginarios raciales que hasta hoy día se siguen reproduciendo, y continúan marcando las lógicas de autorreconocimiento de los afrodescendientes en ciudades como las del Caribe colombiano.

Sí las interpretaciones sobre el tema de lo “afro” no precisan la real representación que se hizo sobre los sectores negros y mulatos, y olvidan el pensamiento racial existente, o siguen explicando el comportamiento político de estos grupos sociales solo a partir del blanqueamiento, o a por medio de la cooptación, perderemos de vista dos aspectos clave en el intento de dotar de mayor significado los elementos constitutivos de la identidad de los afrodescendientes: uno, que el conjunto de representaciones fueron solo eso, representaciones alejadas del comportamiento cultural y político de los negros y mulatos; y otro, que los sectores en mención hicieron uso de un conjunto de dinámicas que les permitió contrarrestar los imaginarios que se querían establecer como naturales y biológicos.

Quizás esta doble lectura historiográfica permita superar viejos esquemas de pensamiento, que asocian elite, mundo intelectual, letrado y político a lo blanco, y todo aquello que se distancia de ese mundo “culto” a lo negro. En este artículo se ha intentado responder a ese doble llamado, superando la “victimización” al reconstruir unas tradiciones intelectuales afrodescendientes, y al destacar que el uso de las virtudes republicanas fue una de las “claves secretas” utilizadas por un significativo grupo de negros y mulatos para posicionarse y abrir los complejos y cerrados espacios de poder del “corralito de piedra”.

Contrario a la sugerido recientemente por Graciela Maglia, quien, al analizar la poesía del Caribe colombiano a través de la obra de Jorge Artel, sugiere que este poeta utilizó una máscara republicana, blanca, para disimular su rostro racial, lo que parece estar presente en la actitud de este abogado y poeta negro, así como en el resto de *iluminados por la educación*, es la clara intención de defender unos espacios institucionales y de representación que a lo largo de la vida republicana habían logrado construir en el marco de unas constantes y profundas diferencias sociorraciales. El discurso utilizado, el republicano, no era una máscara, ni perteneció solo al “mundo blanco”; era el que les garantizaba la igualdad formal, por el cual radicalizaron el movimiento de la independencia en Cartagena, el que defendieron a lo largo del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX, en el contexto de un pensamiento racial que los catalogaba como bárbaros e inferiores, y que solo la defensa de la ciudadanía, máximo atributo de la agenda republicana, les permitía cuestionar.

Tal vez estas visiones y las tradiciones intelectuales reconstruidas le sirvan a la joven docente de etnoeducación como referentes para explicarles a sus estudiantes que los estigmas que siguen pesando sobre los sectores negros, que condujeron a ciertas lógicas de blanqueamiento, y por los cuales se avergüenzan y niegan su condición racial, no son más que representaciones construidas para legitimar estructuras de poder. Aclarados estos referentes, y si persisten en sus actitudes, la opción es respetarles su decisión, pues la identidad tiene mucho de autorreconocimiento, pero seguramente en el agreste contexto racial cartagenero, y su consuetudinaria lógica de aceptación social a partir del pigmento de la piel, en cualquier discoteca, hotel, centro comercial o aerolínea, les harán saber de manera brutal a qué mundo racial pertenecen³.

³ Según una investigación realizada por Nadia Mejía (2008), sobre el derecho de expresión de las comunidades afrodescendientes en Cartagena, en la Defensoría del Pueblo reposan denuncias de racismo contra las discotecas Mister Babilla, Qkayito, Tu Candela; contra el centro comercial Makro, el Hotel Santa Clara y la línea de viajes Aéreorepública (2008).

Bibliografía

Alarcón Meneses, Luis y Conde Calderón, Jorge (2007). "Social representations of national territory and citizenships in nineteenth-century history and geography textbooks of the Colombian Caribbean region", en *Pedagógica histórica: International Journal of the History of Education*. Vol. XLIII, N° 5, Carfax and Publishing Limited.

American Historical Review (s.f.). Vol. 79, N° 4, pp. 631-667.

Appelbaum, Nancy (2007). *Dos Plazas y una nación: raza y colonización en Ríosucio, Caldas 1846-1948*. Bogotá: Universidad de los Andes/ICANH/Universidad del Rosario.

Appelbaum, Nancy (1999). Whitening the region: Caucaño mediation and "Antioqueño colonization", in nineteenth-century Colombia. *The Hispanic*.

Archila Neira, Mauricio (1998). "Comentarios", en Meisel Roca, Adolfo y Calvo Stevenson, Haroldo (eds.), *Cartagena de Indias y su historia*. Bogotá: Universidad Jorge Tadeo Lozano/Banco de la República.

Arias Vanegas, Julio (2005). *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Uniandes-CESO.

Archivo Histórico de Cartagena (AHC) (1915). *La Discusión*. Cartagena, julio 22.

_____ (1944). *Diario de la Costa*, Cartagena, octubre 5.

_____ (1913). *El Verbo*, Cartagena, noviembre 27.

_____ (1915). *La Discusión*, Cartagena, julio 22.

_____ (1922). *Renovación*, Cartagena, marzo 11.

Arocha y De Friedemann, Nina (ed.) (1984). Un siglo de investigación social. *Antropología en Colombia*. Bogotá: Conciencias.

Censos de los Departamentos de Antioquia, Atlántico, Bolívar y Magdalena (1918).

Cunin, Elisabeth (2003). *Identidades a flor de piel. Lo negro entre apariencias y pertenencias: categorías raciales y mestizaje en Cartagena*. Bogotá: Instituto Colombiano de antropología e historia/Universidad de los Andes/Observatorio del Caribe colombiano.

Corrales, Manuel Ezequiel (1999). *Efemérides y anales del Estado Soberano de Bolívar*. Cartagena: Gobernación de Bolívar/Instituto Internacional de Estudios del Caribe/Carlos Valencia editores.

Devis Echandía, Julián (1937). *La ciudad vencida. La Cartagena de ayer, la Cartagena de hoy*. Bucaramanga: Ed. Gómez Y Páez, P. 178.

Fals Borda, Orlando (2002). *Historia Doble De La Costa*. Tomo IV. "El Presidente Nieto". Bogotá: Universidad Nacional/Banco de la República/El Áncora Editores. _____

Fanon, Franz. (1967). *Black skin, white masks*. New Cork: Grove Press.

Flórez Bolívar, Francisco (2006). “Rastros, rostros y voces del racismo institucional en Cartagena: un acercamiento a partir del debate de la degeneración de las razas, 1910-1930”. (Inédito).

_____ (2006a). “¿República democrática o república de papel?: artesanos y reformas liberales en Cartagena, 1848-1878”. *Historia Caribe*, N° 11, Universidad de Cartagena, Programa de Historia.

_____ (2007). “La construcción de un orden sociorracial en Cartagena, 1910-1945”. Informe final de investigación presentado a Colciencias, Cartagena.

_____ (2007a). “Más allá del blanqueamiento: raza, clase y modernidad en Cartagena, 1910-1945”. VIII Seminario Internacional de Estudios del Caribe, Cartagena, Universidad de Cartagena.

_____ (2008). “Representaciones sobre el Caribe colombiano en los debates sobre la degeneración de las razas: geografía, raza y nación a comienzos del siglo XX”, en *Historia y Espacio*, N° 31, Cali: Universidad del Valle, Programa de Historia, pp. 35-59.

_____ (2009). “¿Hijos de la barbarie o de la ciudadanía?: negros y mulatos en el marco del primer centenario de la independencia de Cartagena, 1911-1941”. (Inédito).

Flórez Bolívar, Francisco Javier y Rhenals Doria, Ana Milena (2008). “Entre lo árabe y lo negro: raza e inmigración en Cartagena, 1880-1930”, en *Sociedad y Economía*, N° 15. Cali: Universidad del Valle, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas.

Flórez Bolívar, Roicer Alberto (s.f.). “Ciudadanos y vecinos: un acercamiento al proceso de construcción del ciudadano en Cartagena durante el siglo XIX”, en *Historia Caribe*, II, 135-152.

Friedemann, Nina (1988). “Negros, negritudes, afrocolombianos”, en *Nueva Historia de Colombia*. Tomo IX. Bogotá: Ed. Planeta.

Friedemann, Nina (1991). “Negros en Colombia: invisibilidad y legitimidad de su identidad”, en *Colombia multiétnica y pluricultural*. Bogotá: ESAP.

Gómez, Laureano (1970). *Interrogantes sobre el progreso de Colombia*. Bogotá: Editorial Revista Colombiana.

Helg, Aline. (1989). “Los intelectuales frente a la cuestión racial en el decenio de 1920: Colombia entre México y Argentina”, en *Estudios Sociales*, N° 4. Bogotá: Universidad Nacional, sede Medellín.

Jiménez López, Miguel. (1920). “Nuestras razas decaen. Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares”, en *El deber actual de la ciencia*. Bogotá: Imprenta y Litografía de Juan Casis.

Lasso, Marixa (2006). “Race, War and Nation in Caribbean 65. Gran Colombia, Cartagena, 1810-1832”, en *The American Historical Review* (111), 2. Recuperado el 3 de agosto de 2008, de <<http://www.historycooperative.org/journals/ahr/111.2/lasso.html>>.

- Lasso, Marixa (2007). “Un mito republicano de armonía racial: raza y patriotismo en Colombia, 1810-1812”, en *Revista de Estudios Sociales*, 27, 32-45.
- Lasso, Marixa (2008). “El día de la Independencia: una revisión necesaria. Acción política afrocolombiana y narrativas patrióticas criollas, Cartagena, 1809-1815”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 8. Recuperado el 17 de marzo de 2008, de <http://nuevomundo.revues.org/document13523.html>.
- López de Mesa, Luis et al. (1920). “Los problemas de la raza en Colombia”. Bogotá: *El Espectador*.
- López de Mesa, Luis (1930). Introducción a la historia de la cultura en Colombia. Bogotá.
- López de Mesa, Luis (1934). *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Bogotá: Librería Colombiana.
- López de Mesa, Luis (1939). *Disertación sociológica*. Bogotá: Ed. El Gráfico.
- López de Mesa, Luis (1956). *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia.
- Maglia, Graciela (s.f.). “Naciones culturales vs. Naciones imaginadas en la poesía del Caribe colombiano”, www.crimic.paris.sorbone.fr/actes/de. Documento recuperado el 9 de febrero de 2007.
- Mcgraw, Jason (2007). “Purificar la nación: eugenesia, higiene y renovación moral-racial de la periferia del Caribe colombiano, 1900-1930”, en *Revista de Estudios Sociales* N° 27. Bogotá: Universidad de los Andes, 62-75.
- Mejía, Nadia (2008). “El derecho de expresión de las comunidades negras”, en el periódico *El Universal*, 10 años después de discriminación positiva. Bogotá: Universidad Nacional, Facultad de Derecho. (Tesis para optar la maestría en Derecho).
- Múnera, Alfonso (2005). *Fronteras imaginadas. La invención de las razas y la Geografía en el siglo XIX colombiano*. Bogotá: Ed. Planeta.
- Múnera, Alfonso. (1998). *El fracaso de la nación. Región, raza y clase en el Caribe colombiano*. Bogotá: Banco de la República/El Áncora Editores.
- Ortiz, Javier (2008). *Raza, conocimiento y reconocimiento en la obra de Juan José Nieto*. Cartagena. (Inedito).
- Prescott, Laurence (2000). *Without hatreds or fears. Jorge Artel and the struggle for blacks literary in Colombia*. Detroit: Wayne University Press.
- Quijada, Mónica (2002). “En torno al pensamiento racial en Hispanoamérica: Una reflexión historiográfica”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 3, N° 1, Madrid.
- Restrepo, Eduardo (2005). “Notas sobre algunos aportes de los estudios culturales a los estudios afrocolombianos”, en *SIGMA-Revista de Estudiantes de Sociología*, N° 6. Bogotá:, Universidad Nacional, pp. 13-20.

Restrepo, Eduardo (2007). “Imágenes del “negro” y nociones de raza en Colombia a principios del siglo XX”, en *Revista de Estudios Sociales* N° 27. Bogotá: Universidad de los Andes.

Roldán, Mary (2003). *A sangre y fuego. La violencia en Antioquia, Colombia 1946-1953*. Bogotá: ICANH/Fundación para la promoción de la Ciencia y la Tecnología.

Serje, Margarita (2005). *El revés de la nación. Territorios salvajes y tierras de nadie*. Bogotá: Uniandes-CESO.

Roldán, Mary (1999). “Violencia, colonización y la geografía de la diferencia cultural en Colombia”, en *Análisis Político*, N° 35, IEPRI (Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales). Bogotá: Universidad de Colombia, 1998.

Steiner, Claudia (2003). *Imaginación y poder: el encuentro del interior con la costa en el Urabá 1860-1900*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Solano, Sergio Paolo (2008). “La novela *Yngermína* de Juan José Nieto y el mundo racial del Bolívar Grande en el siglo XIX”, en *Revista de Estudios Sociales*, N° 31. Bogotá: Universidad de los Andes, pp. 34-47.

Villegas Vélez, Álvaro (2005). “Raza y nación en el pensamiento de Luis López de Mesa: Colombia, 1920-1940”, en *Estudios Políticos*, N° 26, pp. 209-232. Medellín.

Tovar Pinzón, Hermes (1998). “La historiografía sobre Cartagena de Indias en el siglo XVIII”, en Meisel Roca, Adolfo y Calvo Stevenson, Haroldo (eds.), *Cartagena de Indias y su historia*. Bogotá: Universidad Jorge Tadeo Lozano/Banco de la República.

Valdelamar, Juan y Gutiérrez, Juan (2005). *Getsemaní. Oralidad en atrios y pretilos*. Cartagena: Litografías del Mar.

Valdelamar, Lázaro y Ortiz, Javier (2009). *La actividad intelectual de Candelario Obeso: entre el reconocimiento y la exotización*. Cartagena. (Inédito).

Wade, Peter (1997). *Gente negra, nación mestiza: dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá: Universidad de Antioquia/ICANH, Siglo del Hombre editores/ediciones uniandes.